

Cantera

Macarena Barahona

8/9/2007

No basta el terrible femicidio de la joven Maureen, su humillante y anunciada muerte para quienes la rodeaban en su vida, conocedores de su tragedia íntima, compañeros de trabajo, amigos, ex novio y familiares, tal parece que, en esta forma circense que se ha ido informando.

Nos han atosigado a televidentes y lectores de diarios de la maraña de relaciones que rodeaban este fatídico matrimonio, donde la ex amante del marido parecía tener más poder sobre ella que ella misma. Nos enteramos lentamente de la pesadumbre de la vida de esta joven, a manos de otros, pidiendo en su condición de víctima de agresión y control de su marido, a los que la rodeaban y nadie, al parecer, pudo tener la sabiduría de ayudarla en el momento preciso, más miedo daba el marido y a vista y paciencia de todos, su agonía se consumaba en las oficinas judiciales.

Para el sistema judicial esta víctima debe ser parte de su propio examen.

Dónde está la capacitación para los funcionarios, hombres y mujeres, sobre violencia doméstica y relaciones de abuso y acoso sexual. Cómo protegerse de este comportamiento y denunciarlo, ya sea a un compañero o compañera, cómo buscar protección y sobre todo, cómo aprender a relacionarse hombres y mujeres con respeto sobre su sexualidad y derechos.

La muerte de Maureen nos enseña la falta de educación sobre la igualdad y el respeto entre los trabajadores del sistema judicial, en esta asquerosa maraña de relaciones del marido, la ex amante, la ex novia, los ex compañeros y las manipulaciones de unas sobre otros, dirigidos a sus obsesiones y poderes de unos sobre los otros, ese atávico tráfico de poder y de manejo de influencias sexuales o psicológicas para un puesto, una casa, un carro, una beca, un viaje, sexo, o fiestas, y las víctimas en el camino, como Maureen, convertidos en inevitables daños colaterales en ese cínico comportamiento.

Como no basta la pesadilla de angustia y miedo vivida en ese nefasto matrimonio que le costó su propia vida, el martirio de los medios de comunicación parece encargarse de continuar esa agresión sobre su vida y su propio cadáver; degustando nuevamente en imágenes la tortura física y su propia muerte.

Hasta dónde dejarán descansar a esta joven, su muerte una y otra vez, demuestra la complicidad íntegra, de un sistema basado en considerar a las mujeres cosas en que con manipulaciones, otros siempre sacan sus ventajas.

El respeto a la integridad, al dolor y a su propia tragedia está lejos de nacer en valores en la sociedad costarricense.